

Christopher Smith

Los etruscos.  
Una breve introducción



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Etruscans. A Very Short Introduction*  
Traducción: Jacqueline Cruz

Publicada originalmente en inglés en 2014. Esta traducción se ha realizado por acuerdo con Oxford University Press.

Primera edición: 2016  
Primera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Cubierta de urna funeraria etrusca (*detalle*)  
© Corbis / Cordon Press  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Christopher Smith, 2014  
© de la traducción: Jacqueline Cruz Fernández, 2016  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-305-8  
Depósito legal: M. 405-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Agradecimientos
11	Introducción
20	1. Los orígenes de los etruscos
28	2. La lengua etrusca
34	3. Hacia la ciudad-estado etrusca
40	4. La revolución villanovense
54	5. La transformación de Etruria
61	Los etruscos y el mar
63	La emergencia de las élites
67	Unidades familiares heroicas
73	La explotación de los recursos
76	6. Los frescos de las tumbas y el arte etrusco
90	7. Imperio, crisis y respuesta (600-300 a. C.)
119	8. La religión etrusca
135	9. La conquista romana
158	10. Aspecto físico e indumentaria
167	11. Epílogo imperial
180	12. La etruscología: Orígenes y desarrollo
191	Lecturas complementarias
197	Índice de ilustraciones
199	Índice analítico



# Agradecimientos

Hace unos años que se me ofreció escribir este libro. Agradezco a OUP, y especialmente a Emma Ma, la paciencia que han tenido. Afortunadamente, mi dilación resultó muy beneficiosa: entre el ofrecimiento y la elaboración del libro, fui nombrado director de la Escuela Británica en Roma (BSR, por sus siglas en inglés). Sin los recursos de la BSR, la cercana Villa Giulia, uno de los grandes museos del mundo, y los numerosos colegas que me han inspirado y ayudado aquí en Italia, este trabajo habría sido mucho más pobre.

Me sería imposible mencionar a todas las personas que generosamente me han dedicado su tiempo y en algunos casos han leído el texto. Sin embargo, quiero agradecer especialmente a las siguientes por sus consejos, su compañerismo y su amistad en momentos clave: Gilda Bartoloni, Maria Cristina Biella, Paolo Bruschetti, Francesco Maria Cifarelli, Giovanni Colonna, Massimiliano di Fa-

zio, Francesco di Gennaro, Daniele Maras, Laura Michetti, Elena Tassi Scandone, Anna Maria Moretti Sgubini, Alessandro Naso, Alfonsina Russo, Mario Torelli y Andrea Zifferero; Roberta Cascino, Robert Coates-Stephens, Sophie Hay y Letizia Ceccarelli en la BSR; Guy Bradley, Tim Cornell, Robert Leighton, Corinna Riva y Simon Stoddart en el Reino Unido; y a los lectores de la editorial. Susan Smith me ayudó valerosamente a escribir una breve introducción. Los posibles errores que pueda haber, sin embargo, son enteramente míos.

# Introducción

Entre aproximadamente el 900 y el 400 a. C., el pueblo más innovador, poderoso, rico y creativo de Italia fue el pueblo etrusco. Habitaba las colinas y llanuras del centro de Italia, en impresionantes ciudades, y su imperio se extendía hasta la Campania en el sur y el valle del Po en el norte (Figura 1). Mantenía relaciones comerciales con el resto del Mediterráneo y su cultura rebosaba arte, música, tecnología, deportes, vino y religión. Los etruscos vivían muy bien y eran conscientes de ello. Quienes visitan hoy la zona se sienten todavía seducidos por las tumbas pintadas de Tarquinia, los silenciosos túmulos de Cerveteri (la antigua Caere) y los imponentes asentamientos sobre las cimas de las colinas, como el de Volterra. Los museos acogen innumerables obras de arte de extraordinario talento y belleza, y desde cientos de sarcófagos nos contemplan ojos etruscos que desafían con orgullo la muerte y el paso del tiempo.

## Los etruscos. Una breve introducción



1. Mapa de Italia con los asentamientos villanovenses, etruscos y griegos.

Sin embargo, tanto en las guías no especializadas como en los folletos turísticos se habla a menudo de los «misteriosos» etruscos, la oculta Etruria o la Etruria subterrá-

nea, como si de algún modo se nos hubiera ocultado su cultura. Se trata de un ardid publicitario que ha resultado muy útil y rentable, pero también engañoso.

Esta *Breve introducción* parte de la premisa de que los etruscos no son más misteriosos que la mayoría de los demás pueblos de la Italia arcaica. Por otra parte, la etiqueta de «misteriosos» ha impedido que sean adecuadamente integrados dentro de las narrativas de la historia clásica, lo cual constituye un lamentable error, puesto que ofrecen un interesante contrapunto a las culturas mediterráneas más comúnmente estudiadas, incluidas Roma y Atenas. De hecho, existen tantos testimonios históricos sobre ellos que, para hacerles justicia, haría falta un libro mucho más extenso que éste. En el presente estudio, los etruscos son presentados como actores dentro del mundo mediterráneo, una pieza clave en las múltiples y diversas conexiones entre pueblos y los intercambios de objetos e ideas a lo largo de dos milenios que componen el rico marco de la Antigüedad desde la Edad del Bronce hasta la decadencia del Imperio romano en Occidente.

Empezamos con dos interrogantes que han desconcertado a los estudiosos modernos y han contribuido a la creencia de que los etruscos son especialmente inaccesibles. ¿De dónde proceden y por qué es tan extraña su lengua? La primera de estas preguntas está muy extendida y no afecta sólo a los etruscos: también los griegos dedicaron mucho esfuerzo a analizar sus orígenes, aunque sin demasiado fundamento histórico, y los admiradores de la cultura macedonia son conscientes de la eterna controversia en torno a si eran griegos o no. La cuestión

del idioma es menos acuciante, pero a menudo está mal planteada: la lengua etrusca es perfectamente legible, pero la mayor parte de lo que pervive de ella no nos proporciona demasiada información.

Tras abordar estos dos problemas clásicos, el resto del libro está organizado cronológicamente, desde la Edad del Bronce Tardío hasta el final del período romano, y concluye con un análisis de cómo han sido estudiados los etruscos, y cómo estos estudios han contribuido a su presunto carácter «misterioso».

Una premisa básica de este libro es que es factible escribir una historia de los etruscos: disponemos de suficiente información para hablar sobre su organización social, ciertos aspectos de su actividad política, su comportamiento económico a nivel urbano y regional, su historia cultural, etc. Sin embargo, dicha historia debe analizarse en un contexto mediterráneo e italiano más amplio, y uno de los motivos recurrentes del libro es el modo como los etruscos gestionaron sus conexiones con el mundo exterior.

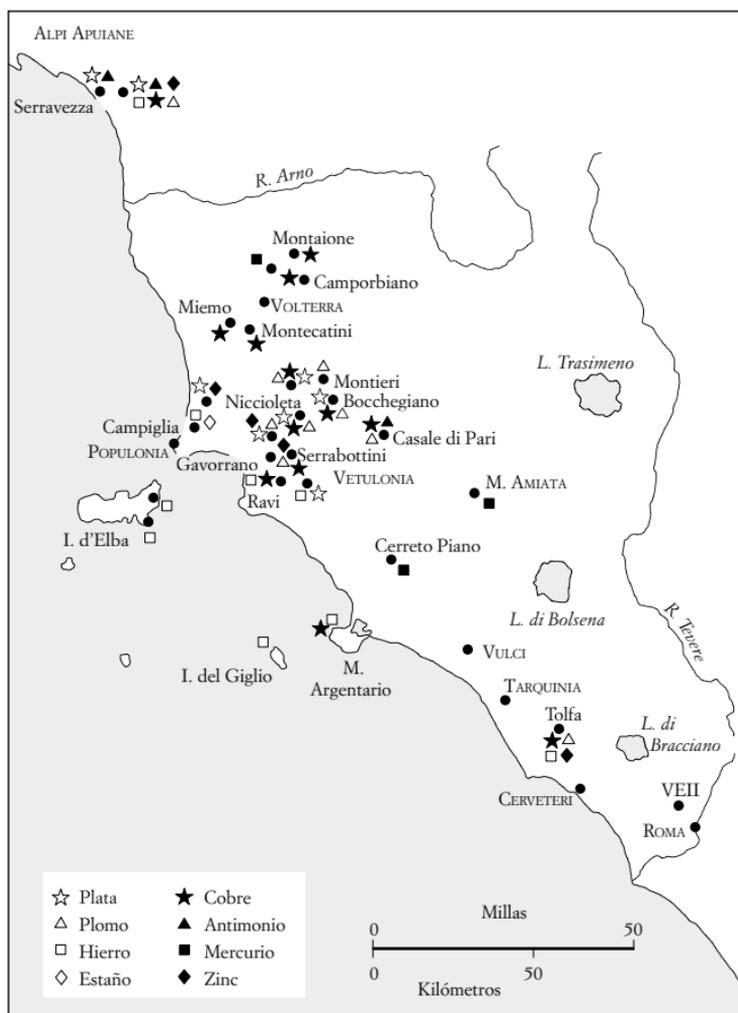
Otra cuestión intrincada es a quiénes nos referimos cuando hablamos de los etruscos. La mayoría de los individuos que estudiamos aquí pertenecían a un grupo relativamente privilegiado. Resulta difícil vislumbrar a los pobres de Etruria a partir del registro arqueológico, y tal vez los más pobres no fueran etruscos, sino esclavos. Por tanto, la presente quizás sea sólo una historia parcial; aun así, es importante devolverles, hasta donde nos sea posible, una voz a los etruscos y mirar más allá de los objetos de museo.

La antigua Etruria era una región italiana que se extendía por la vertiente occidental de los Apeninos desde el

Tíber hasta el Po en el norte. La zona costera está formada esencialmente por llanuras, pero el interior está atravesado por cordilleras orientadas en dirección este-oeste y norte-sur. Se trata de un paisaje esculpido por el agua, la piedra caliza y una remota actividad volcánica, fragmentado pero transitable. Algunas zonas son muy fértiles y otras ricas en recursos minerales (Figura 2). Su territorio ocuparía las actuales unidades administrativas del Lazio septentrional y la Toscana, que a grandes rasgos coinciden con los grupos culturales relativamente diferenciados de la Etruria meridional y la Etruria septentrional, respectivamente. Entonces, al igual que ahora y a lo largo de su historia, la región se caracterizaba por ciudades independientes que controlaban grandes extensiones de territorio: los célebres asentamientos situados en lo alto de las colinas, dominando el interior, que todavía conservan vestigios de las extensas murallas etruscas que los rodeaban.

Etruria exhibía ya cierto desarrollo y complejidad social en la Edad del Bronce Tardío (c. 1300-900 a. C.). En la transición del final de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro (950-750 a. C.), los patrones de asentamiento se transformaron radicalmente, lo que sugiere que Etruria experimentó una revolución. Se crearon asentamientos más grandes y el territorio se vio sometido a nuevas formas de control. En el siglo VIII a. C., en la época de la fundación legendaria de Roma, la llegada de los fenicios, y sobre todo de los griegos, ofreció nuevas oportunidades e ideas, un nuevo lenguaje visual para el arte, la expresión religiosa y las manifestaciones arquitectónicas, e incluso un nuevo alfabeto.

## Los etruscos. Una breve introducción



2. El mapa muestra la elevada concentración de recursos minerales en la región etrusca, especialmente en torno a Populonia.

Los etruscos aceptaron las innovaciones rápida y activamente, y el período entre el 650 y el 500 a. C. fue de

inmensa creatividad y cambio. Posteriores conflictos dentro y fuera de Etruria fueron ralentizando el ritmo de los cambios, provocando una revolución social en algunas zonas y la disminución del territorio etrusco. En el 400 a. C., comenzó a sentirse el impacto de los romanos; en el 250 a. C., la conquista romana estaba prácticamente completada, y se fundaron las primeras colonias romanas en territorio etrusco; para mediados del siglo I a. C., la autonomía etrusca había desaparecido y su lengua era cada vez menos utilizada, conforme la redistribución de la tierra impulsada por Roma iba erosionando la capacidad económica de las viejas ciudades. Para mediados del siglo I d. C., el etrusco apenas se hablaba o entendía, y el paisaje había experimentado profundos cambios, debido a la expansión de los latifundios y de una agricultura esclavista.

Aunque no es lo habitual, he decidido otorgarle el mismo espacio a la Etruria posterior a la conquista romana que a la anterior, precisamente porque el hecho de que la mayoría de los estudios históricos omitan este período contribuye a que se identifique a los etruscos con su lengua y a la idea de que en algún momento desaparecieron, dejando tras de sí un misterio en torno a su muerte. Sin embargo, la transformación provocada por la dominación romana y el modo como la región se adaptó a ella son también parte de la historia de los etruscos y de la creación del mundo etrusco que los visitantes contemplan hoy en día.

Durante la Antigüedad tardía se produjeron grandes procesos de transformación económica y social, y en la Alta Edad Media el paisaje comenzó a remodelarse gra-

cias a la nueva arquitectura de la Iglesia emergente y a nuevas formas de autoridad. En el Renacimiento, la Toscana volvía a ser una de las regiones más poderosas y con más personalidad del mundo.

Los etruscos siempre fueron considerados diferentes. «Eran un pueblo con costumbres distintas a las del resto del mundo»\*, dijo a finales del siglo I a. C. el escritor griego Dionisio de Halicarnaso, quien se tomó el trabajo de estudiarlos. Para algunos, representaban una advertencia contra el abandono de la virtud, porque eran ricos y licenciosos, dados a los festines y el placer; mientras que otros se centraron en sus actos de piratería o en su crueldad. Su carácter devoto y sus conocimientos religiosos eran reconocidos, admirados, temidos y ridiculizados. Fue un augur etrusco quien advirtió a Julio César sobre los idus de marzo. También fueron inventores: se les han atribuido numerosas invenciones, como las trompetas de guerra, los triunfos (de los que después se apropiarían los romanos), el boxeo, las luchas de gladiadores y el uniforme y los símbolos de los magistrados. Mecenas, el cultivado amigo del emperador Augusto, se jactaba de descender de reyes etruscos.

Sin embargo, al igual que la mayoría de los pueblos del mundo antiguo, no dejaron una tradición literaria ni una historia propias. El silencio etrusco, intensificado por la desaparición de su propia lengua en la Antigüedad, resulta aún más ensordecedor si tomamos en cuenta la riqueza de su cultura material y su evidente poder a lo lar-

\* Todas las traducciones de las citas en inglés son de la traductora [N. de la T.]

go de cinco siglos. Sin embargo, gracias al concienzudo trabajo de arqueólogos y estudiosos se han hecho grandes progresos en su conocimiento. Los visitantes modernos de los yacimientos etruscos y de las colecciones de los museos no tienen por qué sentirse desorientados o ignorantes. Aunque hay muchas cosas que nunca sabremos, hay otras muchas que sí conocemos y –lo más apasionante– muchas más por descubrir.

# 1. Los orígenes de los etruscos

Existen dos debates distintos sobre los orígenes de los etruscos, aunque se solapan y no es fácil separarlos. El primero gira en torno a lo que opinaban las fuentes antiguas y por qué; el segundo se centra en la explicación de los cambios observados en el registro arqueológico, sobre todo en el contexto de la Edad del Bronce Tardío y la temprana Edad del Hierro. El estudio de los etruscos merece estar firmemente integrado dentro de los debates sobre la etnicidad en la Antigüedad.

Los escritores de la Antigüedad otorgaban gran importancia a la procedencia de los pueblos, y tenían un claro concepto de la identidad étnica. Los griegos se consideraban distintos a los demás; de hecho, para ellos quienes no eran griegos eran «bárbaros», porque su idioma sonaba extraño, aunque el término se refería también a otras formas de comportamiento poco civilizado. Sin embargo, la idea de que la etnicidad constituye

de algún modo un rasgo esencial o primordial es, al menos en ciertos casos, discutible y, en la mayoría de los casos, está desprestigiada. La etnicidad era construida y evolucionaba en parte como estrategia retórica de auto-identificación.

El debate sobre los orígenes de los etruscos fue impulsado ya por fuentes literarias durante la Antigüedad. Heródoto, un escritor griego del siglo V a. C., describe una larga hambruna que sufrieron los lidios. La situación era tan difícil que tuvieron que tomar medidas extremas:

Finalmente, el rey [Atis, hijo de Manes] dividió al pueblo en dos grupos, y realizó un sorteo para determinar quiénes se quedarían y quiénes abandonarían el país; él sería el rey de quienes tuvieran la suerte de quedarse, y su hijo, que se llamaba Tirreno, acompañaría a los que se fueran. Los que se vieron obligados a abandonar el país se dirigieron a Esmirna y construyeron barcos, y subieron a bordo todo lo que podía ser útil para un viaje por mar, y partieron en busca de sustento y tierras, y tras quedarse con muchos grupos distintos llegaron al país de los ombrikoi, donde fundaron sus ciudades y han vivido hasta ahora. Cambiaron su nombre al del muchacho que los había guiado y, en lugar de lidios, se hicieron llamar *tyrsenoi*. (Heródoto 1.95)

Según los cálculos de Heródoto, esto debió de ocurrir antes de la Guerra de Troya, la cual se sitúa convencionalmente en el siglo XII a. C. Todas las fuentes que abordan el tema aceptan esta hipótesis, excepto Dionisio de Halicarnaso, quien escribió a finales del siglo I a. C. Dio-

nisio expone dos ideas fundamentales: en primer lugar, los etruscos no eran los llamados «pelasgos» (a diferencia de lo que al parecer sostiene Heródoto en otro pasaje), y en segundo lugar, existen muchos argumentos para apoyar la hipótesis de que los etruscos vivieron siempre en Italia, y ninguno para creer que fueran lidios, puesto que ni su lengua ni sus dioses ni sus instituciones tienen nada en común.

Por tanto, tenemos tres teorías: que procedían de Lidia, que eran pelasgos y que eran nativos de Italia.

La teoría de la procedencia lidia le fue transmitida a Heródoto por los propios lidios, y no está claro si disponían de información fiable al respecto. La historia se asemeja a varios relatos griegos de colonizaciones provocadas por desastres y advertencias divinas; se trata de una invención completamente artificial y es posible que sirviera a propósitos locales que nunca conoceremos. Una vez que apareció en los escritos de Heródoto, dio lugar a múltiples interpretaciones, y todos los aspectos de los etruscos que parecían extraños fueron utilizados para demostrar el vínculo con los lidios.

La teoría del origen pelasgo proviene de una tradición distinta. Se creía que los pelasgos eran los pobladores originales de Grecia, y por este motivo se convirtieron en una especie de comodín para los primeros pobladores del Egeo. No había datos fiables sobre ellos, ni siquiera sobre su lengua. Algunas ciudades etruscas, incluidas Cerveteri y Tarquinia, proclamaron descender de los pelasgos. Los griegos, y los propios etruscos, abordaron la cuestión de los orígenes de las ciudades etruscas, y un modo de hacerlo era integrar su historia con la

de los griegos. Según esta teoría, las ciudades etruscas fueron fundadas por inmigrantes pelasgos; una teoría muy oportuna porque, así, los etruscos eran en cierto sentido griegos. Además, el pensamiento genealógico podía construir a un Tirreno mítico, hijo de Télefo y nieto de Heracles, y la ciudad de Cortona podía afirmar que allí estaba enterrado Odiseo (conocido en esta ciudad como Nanas el Errante). De ese modo, al igual que habían hecho las ciudades griegas, también las ciudades etruscas se construyeron unos antecedentes relevantes: resulta llamativo el gran número de imágenes de Eneas y de su padre Anquises, –quien escapó del saqueo de Troya por los griegos–, que se encuentran en Veii. Posteriormente, Roma se apropiaría de Eneas, lo que muestra la rivalidad existente por las figuras mitológicas fundacionales.

La teoría de la procedencia pelasga se veía complicada por un extraño pasaje de Heródoto, quien asegura que la lengua de los pelasgos todavía se hablaba en Crestona, «más allá del país de los tirrenios». (Crestona es una ciudad de Tesalia, al norte de Grecia.) Cuando Dionisio de Halicarnaso leyó este texto, Crestona se había convertido en Crotona y se identificaba con Cortona (no la ciudad de Calabria también llamada Crotona). Lo único claro es la enorme confusión que reina en este tema. En todo caso, se puso especial énfasis en el idioma, lo cual acabó convirtiéndose en un problema crucial.

El etrusco no es una lengua indoeuropea, y ello es insólito en Italia. Tiene algún parecido con la lengua de una estela (una losa de mármol con inscripciones) de la isla griega de Lemnos. ¿Estaban entonces realmente em-

parentadas? Por desgracia, la inscripción se puede interpretar de muchas maneras: podría representar a un pueblo oriental del cual procedían los etruscos, una migración de etruscos (pocos o muchos) hacia el este o un indicio de que existía desde hacía mucho tiempo un grupo llamado tirrenio tanto en el este como en el oeste (lo cual contribuiría a explicar por qué Heródoto lo sitúa cerca de Tesalia).

La teoría opuesta a la de la migración es la de la autoctonía: la idea de que un pueblo ha vivido siempre en determinado lugar. Como hemos visto, Dionisio de Halicarnaso se decanta por esta teoría. La autoctonía es otra manera de explicar las particularidades de la lengua y de la religión etruscas: al igual que ocurre con los egipcios, los etruscos fueron vistos como «el otro» no porque fueran foráneos, sino precisamente por haber vivido en la zona durante mucho tiempo.

A la vista de todas estas teorías y contrateorías, resulta inevitable que los estudiosos modernos hayan querido encontrar la respuesta, pero ningún acercamiento científico dio frutos. Después de la Segunda Guerra Mundial, no era demasiado prestigioso para la disciplina de la etruscología el que recurriese a datos científicos dudosos para apoyar la hipótesis de orígenes orientales o de cualquier otro tipo. Massimo Pallottino (1909-1995), a quien podemos considerar el principal etruscólogo del siglo XX, y que había escrito un influyente libro sobre el tema, puso fin al debate: como señaló acertadamente, todas las teorías se habían limitado a dar vueltas en torno a la discrepancia entre Heródoto y Dionisio de Halicarnaso, sin ningún avance. La cuestión verdaderamente importante

radicaba en cómo eran realmente los etruscos, no de dónde provenían; su formación y no su procedencia. Y el estudio de la cultura se convirtió en el nuevo enfoque de la etruscología. Esto apartó el debate durante algún tiempo, y gracias a ello, en los últimos cincuenta años se produjeron importantes avances en los estudios sobre los etruscos.

Pero la ciencia progresa, y recientemente el origen de los etruscos ha vuelto a cobrar actualidad, ya que se ha intentado utilizar el ADN para determinarlo. Un análisis de huesos antiguos sugería una gran continuidad desde el Neolítico, apoyando así la teoría de la autoctonía. Sin embargo, otro análisis sugería contactos humanos con Oriente, y aun otro, que el ganado provenía del este: estos dos últimos se presentaron como pruebas de que Heródoto tenía razón. Sin embargo, los restos humanos abarcaban desde el 800 a. C. hasta el 800 d. C., y por tanto, no pueden considerarse pruebas concluyentes para apoyar la versión de Heródoto de la existencia de una migración varias generaciones antes de la Guerra de Troya del siglo XII a. C. Lo que demuestran los análisis de ADN mitocondrial materno es el movimiento de algunas mujeres a través del Mediterráneo, y si consideramos que a partir del siglo VIII a. C. se formó una élite altamente internacionalizada, ello no debería sorprendernos.

Entonces, ¿siguen siendo misteriosos los etruscos? No cabe duda de que la ciencia seguirá avanzando y de que tal vez con el tiempo obtengamos una respuesta definitiva acerca de su procedencia. Ello tendría cierto interés, pero sospechamos que no corroboraría ninguno de los